

sobre el ojo del juicio, no ve sino nube, unas veces de un color y otras de otro, como ellas se ponen; y piensan que la nube es Dios, porque no ven mas que la nube que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido. Y así, el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas, como lo da á entender el Sabio, diciendo: *Fascinatio enim nugacitatis obscurat bona, et inconstantia concupiscentiae transvertit sensum sine malitia*; El engaño de la vanidad oscurece los bienes, y la inconstancia del apetito trastorna el sentido aunque no haya malicia. Por lo cual, los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía están algo animales en ellos, crean que las cosas viles y bajas del espíritu, que son las que mas se llegan al sentido, en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa; y las que fueren altas del espíritu, que son las que mas se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun á veces las tendrán por locura, como lo da bien á entender san Pablo; diciendo: *Animalis autem homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei: stultitia enim est illi, et non potest intelligere*; esto es: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; son para él locura y no las puede entender. Hombre animal es aquel que todavía vive con apetitos de su naturaleza, que, aunque alguna vez toquen en cosas de espíritu, si se quiere asir á ellas con su natural apetito, ya son apetitos naturales. Que poco hace al caso que el objeto sea espiritual si el apetito sale de sí mismo y tiene su raíz y fuerza en el natural. Dirásme: Pues cuando se apetece á Dios, ¿no es sobrenatural? Digo que no siempre lo es, sino cuando lo es el motivo y Dios da la fuerza del tal apetito; y esto es muy diferente. Mas cuando tú de tuyo le quieres tener en el modo, no es mas que natural. Y así, cuando de tuyo te quieres pegar á los gustos espirituales y ejercitas el apetito tuyo natural, ya pones catarata y eres animal, y no podrás entender ni juzgar lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito natural. Y si aun tienes mas duda, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas á leer, y quizá no la tendrás; que dicha está la sustancia de la verdad, y no se sufre aquí alargarme mas. Este sentido pues del alma, que antes estaba oscuro sin esta divina luz, y ciego con sus apetitos, ya está de manera que sus profundas cavernas, por medio de esta divina union, «con extraños primores calor y luz dan junto á su Querido.»

VERSO V Y VI.

*Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su Querido.*

Porque, estando ya estas cavernas de las potencias tan mirífica y maravillosamente metidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas que en ellas están ardiendo, estando clarificadas y encendidas en Dios, demás de la entrega que de sí hacen á él, están enviando ellas á Dios en Dios esos mismos resplandores que tienen recibidos con amorosa gloria, inclinadas ellas á

Dios en Dios, hechas ellas tambien lámparas encendidas en los resplandores de las lámparas divinas, volviendo á su Amado la misma luz y calor de amor que reciben. Porque aquí, de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo da, con los mismos primores que él se lo da, como el vidrio hace cuando lo embiste el sol, que echa tambien resplandores. Aunque estotra es en mas subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad: «Con extraños primores.» Es á saber, extraños y ajenos de todo comun pensar y de todo encarecimiento. Porque, conforme al primor con que el entendimiento recibió la divina sabiduría, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma. Y conforme al primor con que la voluntad está unida con la voluntad divina, es el primor con que ella da á Dios la misma bondad, porque no lo recibe sino para darlo. Y ni mas ni menos, segun el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella, luce y da calor de amor. Y segun los primores de los demás atributos divinos, que comunica allí al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido espiritual, gozando, está dando á su Querido en su Querido esa misma luz y calor que está recibiendo de él. Porque, estando ella aquí hecha una misma cosa con él, es ella Dios por participacion; y aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle, siendo ella por medio de esta transformacion sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo; porque la voluntad de los dos es una. Y así como Dios se la está dando con libre y graciosa voluntad, así ella tambien, teniendo la voluntad tanto mas libre y generosa cuanto mas unida con Dios en Dios, está como dando á Dios el mismo Dios por amorosa complacencia que del divino ser y perfecciones tiene. Y es una mística y afectiva dádiva del alma á Dios; porque allí verdaderamente al alma le parece que Dios es suyo, y que ella le posee como Hijo adoptivo de Dios, con propiedad de derecho, por la gracia que Dios de sí mismo le hizo. Dale pues á su Querido, que es el mismo Dios, que se le dió á ella. Y en esto paga todo lo que debe; porque de voluntad le da otro tanto con deleite y gozo inestimable, dando al Espíritu Santo como cosa suya, con entrega voluntaria, para que se ame como él merece.

Y en esto está el inestimable deleite del alma, en ver que ella da á Dios cosa que le cuadre á Dios, segun su infinito ser. Que, aunque es verdad que el alma no puede dar de nuevo al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí es siempre el mismo; pero el alma perfecta y cuerda lo hace, dando todo lo que le habia dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan; y Dios se paga con aquella dádiva del alma, que con menos no se pagara, y la toma con agradecimiento, como cosa suya del alma que en el sentido dicho se le da, y en esa misma dádiva la ama de nuevo, y de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma tambien como de nuevo; y así, está actualmente entre Dios y el alma

formado un amor reciproco en la conformidad de la union y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, los poseen entrambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por san Juan, es á saber: *Mea omnia tua sunt; et tua mea sunt: et clarificatus sum in eis*; esto es: Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías, y clarificado estoy en ellas. Lo cual en la otra vida es sin intermision en la fruicion, y en este estado de union cuando se pone en acto y ejercicio de amor la comunicacion del alma y Dios. Y que pueda hacer el alma aquella dádiva, aunque es de mas entidad que su capacidad y su ser, está claro, porque el que tiene muchos reinos y gentes por suyas, aunque sean de mucha mas entidad que él, las puede él dar muy bien á quien quisiere. Esta es la gran satisfaccion y contento del alma, ver que da á Dios mas que ella en sí vale, dando con tanta liberalidad á Dios á sí mismo, como cosa suya, con aquella luz divina y calor de amor que se lo da; lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria y del amor, y en esta por medio de la fe ilustradísima y encendidísimo amor. Y de esta manera «las profundas cavernas del sentido con extraños primores calor y luz dan junto á su Querido». Junto dice porque junta es la comunicacion del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor en ella.

Pero los primores con que el alma le hace esta entrega habemos aquí de notar brevemente. Acerca de lo cual es de advertir que en el acto de esta union, como quiera que el alma goce cierta imagen de fruicion que se causa de la union del entendimiento y del afecto en Dios; deleitada ella en sí y obligada, hace á Dios la entrega de Dios y de sí misma á Dios con maravillosos modos; porque acerca del amor se ha el alma acerca de Dios con extraños primores, y acerca de este rastro de fruicion ni mas ni menos, y acerca de la alabanza, tambien por el semejante acerca del agradecimiento. Y cuanto á lo primero, que es el amor, tiene tres primores principales de amor. El primero es que aquí ama el alma á Dios por el mismo Dios; lo cual es admirable primor, porque ama inflamada por el Espíritu Santo, y teniendo en sí misma al Espíritu Santo como el Padre ama al Hijo, segun se dice por san Juan: *Ut dilectio, quia dilexisti me, in ipsis sit, et ego in ipsis*; La dileccion con que me amaste (dice el Hijo al Padre) esté en ellos, y yo en ellos. El segundo primor es amar á Dios en Dios; porque en esta union vehementemente se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con grande vehemencia se entrega al alma. El tercero primor de amor principal es amarle allí por quien él es; porque no le ama solo porque para sí misma es largo, bueno y liberal, etc., sino mucho mas fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca de esta imagen de fruicion tiene otros tres primores principales maravillosos. El primero, que el alma goza allí á Dios unida con el mismo Dios. Porque, como el alma une aquí el entendimiento con la sabiduría y bondad, etc., que tan

E. XVI. I.

ilustradamente conoce (aunque no claramente, como será en la otra vida), grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos. El segundo primor principal de esta dileccion es deleitarse ordenadamente solo en Dios, sin otra alguna mezcla de criatura. El tercero deleite es gozarle solo por quien él es, sin otra mezcla de gusto propio ni de otra ninguna cosa criada. Acerca de la alabanza que el alma hace á Dios con esta union hay otros tres primores. El primero, hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías: *Populum istum formavi mihi, laudem meam narrabit*; Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas. El segundo primor es hacerla por los bienes que recibe y deleite que tiene en el alabar á este gran Señor. El tercero es por lo que Dios es en sí; porque, aunque el alma no recibiese algun deleite, le alabaría por quien él es. Acerca del agradecimiento tiene otros tres primores principales. El primero, agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibido, y todos los beneficios. El segundo es la delectacion grande que tiene en alabar á Dios por via de agradecimiento, porque con grande vehemencia se absorbe en esta alabanza. El tercero es alabanza de agradecimiento solo por lo que Dios es; lo cual es mucho mas fuerte y deleitable.

CANCION IV.

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras!
Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACION.

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables que él á veces en ella hace por medio de esta union; notando tambien el modo con que los hace y el efecto que en ella redunda de esto. El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma, y el modo con que este se hace es mansedumbre y amor. El segundo es aspiracion de Dios en el alma, y el modo de este es de bien y gloria que se le comunica en la aspiracion. Y lo que de aquí en el alma redunda es enamorarla delicada y tiernamente; y así, es como si dijera: El recuerdo que haces, oh Verbo Esposo, en el centro y fondo de mi alma, en que secreta y calladamente solo, como solo Señor de ella, mora, no solo como en tu casa ni solo como en tu mismo lecho, sino tambien como en mi propio seno intima y estrechamente unido, ¡Cuán mansa y amorosamente le haces! (esto es, grandemente manso y amoroso). Y es la sabrosa aspiracion que en este recuerdo tuyo haces sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria; ¡con cuánta delicadeza me enamoras y aficionas de tí! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira; porque á la verdad ella así lo siente.

VERSO I Y II.

*Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno.*

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma; tantas, que si las hubiésemos de contar, nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar el alma á entender que hace el Hijo de Dios es, á mi ver, de los mas levantados y que mas bien la hace al alma; porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en lo profundo del alma de tanta grandeza, señorío y gloria y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas las potestades y virtudes del cielo se mueven; y no solo eso, sino que tambien todas las virtudes, sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento, todo á una y en uno; porque, como dice san Juan: *Quod factum est, in ipso vita erat*; Todas las cosas en él son vida. Y en él viven y son y se mueven, como tambien dice el Apóstol: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*. De aquí es que, queriéndose descubrir este gran Emperador al alma, y moviéndose por esta manera de ilustracion, sin moverse en ella el que, como dice Isaías, *Factus est principatus super humerum ejus*; Trae su principado sobre su hombro; que son las tres máquinas, celeste, terrestre y infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas, como dice san Pablo: *Verbo virtutis suae*; En el Verbo de su virtud todas á una parecen moverse. Al modo que si se moviese la tierra se moverian todas las cosas naturales que hay en ella, así es cuando se mueve este Príncipe en el sentido dicho, que trae sobre sí su corte, y no la corte á él. Aunque esta comparacion es harto impropia, porque acá, no solo parecen moverse, sino que tambien todas descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duracion y vida en él. Porque allí conoce el alma cómo todas las criaturas inferiores y superiores tienen su vida, duracion y fuerza en él; y entiende lo que dice en el libro de la Sabiduría: *Per me Reges regnant... per me Principes imperant, et potentes decernunt Justitiam*; Por mí reinan los Reyes, por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia y la entienden.

Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tienen ser criado, y las conoce allí en él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en este su principio que en ellas mismas. Y este es el deleite grande de este recuerdo, que es conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas á Dios, que es conocer los efectos por su causa, y no la causa por los efectos. Y el cómo sea este movimiento en el alma, siendo Dios inmóvil, es cosa maravillosa; porque, sin moverse Dios, es ella inovada y movida por él, y se le

descubre con admirable novedad aquella divina vida y el ser y armonía de toda criatura, tomando la causa el nombre del efecto que hace; segun el cual efecto, se puede decir que Dios se mueve; como el Sabio dice que la sabiduría es mas móvil que todas las cosas móviles, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento, y permaneciendo en sí estable, como dice luego, todas las cosas innova; y así, lo que allí quiere decir es, que la sabiduría es mas activa que todas las cosas activas. Y así, debemos aquí decir que el alma en este movimiento es la movida y la recordada, y por eso la pone bien propiamente nombre de recuerdo. Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echó de ver, moviendo, rigiendo y dando ser, virtud, gracias y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual y presencial y eminentísimamente, viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que es en las criaturas; así como quien, abriéndole un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así, lo que yo entiendo cómo se haga este recuerdo y vista del alma, es que la quita Dios algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos para poder ver lo que él es, y entonces traslúcese y divísase (aunque algo escurramente, porque no se quitan todos los velos, pues queda el de la fe) aquel rostro divino lleno de gracias; el cual, como todas las cosas está moviendo con su virtud, parece juntamente con él lo que está haciendo, y este es el recuerdo del alma.

Aunque tambien, á la verdad, como quiera que todo el bien del hombre venga de Dios, y el hombre desuyo ninguna cosa puede que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios. Y así, cuando dijo David: *Exurge, quare dormis, Domine? Levántate, Señor, ¿por qué duermes?* es como si dijera: Levántanos y recuérdanos, porque estamos caidos y dormidos; de donde, porque el alma estaba dormida en sueño de que ella jamás pudiera por sí misma recordar, y solo Dios es el que le pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama recuerdo de Dios, diciendo: «Recuerdas en mi seno.»

VERSO II.

Recuerdas en mi seno.

Recuérdanos tú y alúmbanos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste á hacernos mercedes y que te acordaste de nosotros. Totalmente indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios en lo íntimo de su ser, que es el seno suyo que aquí dice; porque suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias de millares de millares de virtudes; en las cuales parando el alma y deteniéndose, queda ella terrible y sólidamente ordenada como huestes de ejércitos, y suavizada y agraciada en aquel que encierra todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda, ¿cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicacion en la carne? Que en efecto no hay sugeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer; pues que de solamente ver la reina Ester al rey Asuero en su trono con vestiduras reales y resplandeciendo el oro y piedras preciosas, temió tanto de verle tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí, diciendo: *Vidi te, Domine, quasi angelum Dei, et conturbatum est cor meum prae timore gloriae tuae*; que por el temor que le hizo su gran gloria, porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias, desfalleció; porque la gloria oprime al que la mira, cuando no le glorifica. Pues ¿cuánto mas habia el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que conoce, sino al mismo Dios y Señor de los ángeles, como su rostro lleno de gracias de todas las criaturas, y de terrible poder y gloria y voz de multitud de excelencias? De la cual dice Job: *Cum vix parvum stillam sermonis ejus audierimus, quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri?* Si apenas podemos oír un pequeño silbo de ella, ¿cómo se podrá sufrir la grandeza de su trueno? Y en otra parte dice: *Nolo multa fortitudine contendat mecum, ne magnitudinis suae mole me premat*; No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza.

Pero la causa por que el alma no desfallece y teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfeccion, como aquí está, en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele tener el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlos. La segunda y mas principal causa es la que se dice en el primer verso, que es mostrarse Dios manso y amoroso; porque, así como él muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece y conforta, amparando al natural, mostrando el espíritu su grandeza con blandura y amor; lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moises para que viese su gloria. Y así, tanta mansedumbre y amor siente el alma en él, cuanto poder y señorío y grandeza; porque en Dios es todo una misma cosa; con lo cual es el deleite fuerte, y el amparo fuerte en mansedumbre y amor para sufrir fuerte deleite; de donde el alma queda poderosa y fuerte antes que desfallecida. Que si la reina Ester se desmayó, fué porque al principio el Rey se le mostró no favorable, sino, como allí dice, con los ojos ardientes y encendidos le mostró el furor de su pecho; pero luego que la favoreció, y extendió su cetro tocándola con él, y abrazándola, volvió sobre sí, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así, habiéndose aquí el Rey del cielo desde luego con el alma como su esposo y hermano, no teme el alma; porque, en mostrándole en mansedumbre, y no en furor, la fortaleza de su poder y el amor de su bondad, la comunica la fortaleza y amor de su pecho, saliendo á

ella de su trono como esposo de su tálamo, donde estaba escondido y inclinado á ella, tocándola con el cetro de su majestad y abrazándola como hermano; y allí las vestiduras reales y fragancias de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor de oro, que es la caridad, y lucir las piedras preciosas de las noticias sobrenaturales; y allí el rostro del Verbo lleno de gracias que embisten y visten á la reina del alma; de manera que, transformada ella en estas virtudes del Rey del cielo, se ve hecha Reina, y que se puede con verdad decir de ella lo que dice David: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*; La Reina estuvo á tu diestra con vestiduras de oro, cercada de variedad. Y porque todo esto pasa en lo profundo del alma, dice ella luego: «Donde secretamente solo moras.»

VERSO III.

Donde secretamente solo moras.

Dice que en su seno mora secretamente, porque, como hemos dicho, en el fondo de la sustancia del alma y potencias se hace este dulce abrazo. Es pues de saber que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas; porque, si esto no fuese, no podrian ellas durar. Pero hay mucha diferencia en este morar; porque en unas mora solo y en otras no mora solo, en unas mora agrado y en otras mora desagradado, en unas mora como en su casa, mandando y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar ni hacer nada. Donde menos apetitos y gustos propios moran, es donde él mas solo, mas agrado y mas como en casa propia mora, rigiéndola y gobernándola; y mora tanto mas secreto cuanto mas solo. Y así, en esta alma, en que ya ningun apetito mora, ni otras imágenes ni formas de otras cosas criadas, secretísimamente mora el Amado, con tanto mas íntimo, interior y estrecho abrazo, cuanto ella está mas pura y sola de otra cosa que Dios; y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni entendimiento alguno alcanzar bien á saber como es. Pero á la misma alma en esta perfeccion no le está secreto, que siempre le sienten en sí, sino es segun estos recuerdos, que cuando los hace le parece al alma que recuerda el que estaba dormido antes en su seno, que, aunque le sentia y gustaba, era como el Amado dormido en el seno.

¡Oh cuán dichosa es esta alma, que siempre siente estar Dios reposando y descansando en su seno! Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad! Porque una motica no inquiete ni remueva el seno del Amado. Allí está de ordinario como dormido en este abrazo con el alma, al cual ella muy bien siente, y de ordinario muy bien goza. Porque, si estuviese en ella como recordado, que seria comunicándole las noticias y los amores, ya seria estar en gloria; porque si una vez que recuerda, tan solamente abriendo el ojo pone tal al alma, ¿qué seria si de ordinario estuviese en ella bien dispuesto? En otras

almas que no han llegado á esta union, aunque no está desagradado, por cuanto aun no están bien dispuestas para ella, mora secreto, porque no le sienten de ordinario, sino es cuando él las hace algunos recuerdos sabrosos, aunque no son del género de este ni tienen que ver con él. Pero al demonio y al entendimiento no le está tan secreto como estotro, porque todavía podría entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la union no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones, por no ser él totalmente espiritual. Mas en este recuerdo que aquí el Esposo hace en esta alma perfecta, todo es perfecto, porque él lo hace todo en el sentido dicho. Y entonces en aquel excitar y recordar, al modo de cuando uno recuerda y respira, siente el alma la respiración de Dios, y por eso dice: «Y en tu aspirar sabroso.»

VERSO IV, V Y VI.

*Y en tu aspirar sabroso,
De bien y gloria lleno,
¡Cuán delicadamente me enamoras!*

En aquel aspirar de Dios yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no le tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese, porque es una aspiración que Dios hace al alma, en que en aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporción, que es la noticia que la absorbe profundísimamente, enamorándola delicadísimamente según aquello que vió. Porque, siendo la aspiración llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamora de sí sobre toda gloria y sentido; y por eso lo dejo.

FIN DE LA LLAMA DE AMOR VIVA.

INSTRUCCION Y CAUTELAS

QUE HA MENESTER TRAER SIEMPRE DELANTE DE SÍ EL QUE QUIERE SER VERDADERO RELIGIOSO

Y LLEGAR EN BREVE Á MUCHA PERFECCION;

POR EL BEATO PADRE SAN JUAN DE LA CRUZ.

Si algun religioso quisiere llegar en breve al santo recogimiento, silencio espiritual, desnudez y pobreza de espíritu, donde se goza el pacífico refrigerio de espíritu y se alcanza unidad con Dios, y librarse de todos los impedimentos de toda criatura, y defenderse de todas las astucias y falacias del demonio, y librarse de sí mismo, tiene necesidad al pié de la letra de ejercitarse en los ejercicios siguientes:

Con ordinario cuidado, y sin otro trabajo ni otra manera de ejercicio, no faltando de suyo á lo que le obliga su estado, irá á gran perfección á mucha priesa ganando todas las virtudes por punto y llegando á la santa paz. Todos los daños que el alma puede recibir nacen de las tres cosas dichas, que son tres enemigos, mundo, demonio y carne. Escondiéndose de estos, ni hay mas guerra. El mundo es menos dificultoso, el demonio mas obscuro de entender; pero la carne es mas tenaz que todas, y que á la postre se acaba de vencer, junto con el hombre viejo. Pero si no se vencen todos, nunca se acaba de vencer el uno; que á la medida que á uno vencieres, los irás venciendo á todos en cierta manera.

Para librarte perfectamente del daño que te puede hacer el mundo has de tener tres cautelas.

Primera cautela.

La primera cautela contra el mundo es, que acerca de todas las personas tengas igualdad de amor, igualdad de olvido, ahora sean deudos, ahora no; quitando el corazón de estos tanto como desotros, y aun en alguna manera mas, por el temor que la carne y sangre no se avive á causa del amor natural que entre los deudos siempre vive, el cual conviene mortificar para la perfección espiritual; y tenlos como por extraños, y de esta manera cumples mejor con la obligación que les tienes; porque, no faltando tu corazón á Dios por ellos, mejor cumples con ellos que poniendo la afición que debes á Dios en ellos. No ames mas á una persona que á otra, porque errarás; que aquel es digno de mas amor que Dios ama mas, y no sabes tú á cuál ama Dios mas; pero, como los procures olvidar á todos igualmente, según te conviene para el santo recogimiento, te libras del yerro de mas y menos en ellos; no pienses nada de ellos, no trates nada de ellos, ni bienes ni males, y huye de ellos cuanto buenamente pudieres; y si esto no guar-

das como aquí va, no sabrás ser religioso ni podrás llegar al santo recogimiento ni librarte de las imperfecciones; porque si en esto te quieres dar alguna licencia, en uno ó en otro te engaña el demonio, ó tú á tí mismo con algun color de bien ó de mal; y en esto hay seguridad, porque no te podrás librar de las imperfecciones y daños que saca el alma acerca de la gente, sino de esta manera.

Segunda cautela.

La segunda cautela contra el mundo es de los bienes temporales, en lo cual es menester, para librarse de veras de los daños de este género y templar la demasia del apetito, aborrecer toda manera de poseer; y ningun cuidado le dejes tener acerca de esto, no de comida, no de bebida, no de vestido, ni de otra cosa criada, ni del día de mañana, empleando ese cuidado en otras cosas mas altas, que es el reino de Dios, que es el no faltar á Dios; que lo demás, como su Majestad dice en el Evangelio, ello se añadirá, pues no ha de olvidarse de tí, el que tiene cuidado de las bestias; y en esto adquirirás silencio y paz sensitiva en el sentido.

Tercera cautela.

La tercera cautela es muy necesaria para que te sepas guardar en el convento de todo daño acerca de los religiosos, la cual por no la tener muchos, no solamente perdieron la paz y bien de su alma, pero vinieron y vienen ordinariamente á dar en grandes males y pecados. Y es, que te guardes con toda guarda de poner el pensamiento, y menos la palabra, en lo que pasa en la comunidad, que sea ó haya sido, ni de algun religioso en particular; no de su condición, no de su trato, no de sus cosas, aunque mas graves sean, ni con color de celo ni de remedio, sino á quien conviene de derecho decirlo á su tiempo; y jamás te escandalices ó maravilles de cosas que veas ni entiendas, procurando tú guardar tu alma en olvido de todo aquello; porque si quieres mirar en algo, aunque vivas entre ángeles, te parecerán muchas cosas no bien, por no entender tú la sustancia de ellas. Y para esto toma ejemplo de la mujer de Lot, que porque se alteró en la perdición de los sodomitas «volviendo la cabeza», la castigó Dios «volviéndola en estatua de sal»; para que entiendas que, aunque vivas entre demonios, quiere Dios que de tal manera vivas entre ellos, que no vuelvas la cabeza del pensamiento á